

PRIMER PREMIO

AUTOR: RAÚL CLAUERO BLÁZQUEZ

-El origen-

Seudónimo: Anvil

Cuando Franz Kafka se despertó una mañana tras un sueño intranquilo creyó adivinar, todavía con los ojos entrecerrados, que a su lado reposaba la confusa silueta de un monstruoso insecto. Tenía éste un pitillo en una de sus garras, y una mancha blanca en el centro de su rostro le hacía entender que sonreía.

-Buenos días, Franz, querido – le dijo.

Apenas amanecía en Weimar y, aunque aún eran tenues, los primeros rayos de sol que se colaban al interior de aquella habitación de hotel caían como una lluvia de flechas sobre la cabeza de Franz. En los últimos meses había comenzado a sufrir unas cefaleas terribles, cada vez más frecuentes, que se le concentraban en el puente de la nariz y en las pupilas, y que por momentos le hacían temer que estuviera a punto de perder la razón. Pensaba que su dolencia no era más que otra manifestación externa de su profundo desprecio al trabajo de oficina, y por eso había decidido tomarse unas vacaciones, pero tras varios días ya era evidente que el descanso no había conseguido aliviar su estado.

-¿Aún estás aquí? – respondió, cerrando con fuerza los ojos, y estirando sus dedos hacia el origen de la voz, sólo para comprobar que ésta correspondía a Lenka y no a un gigantesco escarabajo.

-Claro, querido, ¿dónde quieres que esté? Me has contratado para toda la semana.

-¿Te importaría correr las cortinas? Me molesta la luz.

Franz sintió como la cama se aliviaba del peso de un cuerpo que se incorpora con ligereza. Escuchó los pasos de la mujer, como discretos aleteos de una mariposa, que se

alejaban hacia la ventana, y cuando notó que la oscuridad volvía a dominar el espacio, abrió de nuevo los ojos. Frente a él estaba Lenka, tan distinta de cualquier coleóptero, tan delgada, de palidez tan lechosa que resultaba distinguible incluso entre las sombras.

-¿Mejor? – preguntó Lenka, apagando el cigarrillo contra la pared, y acurrucándose en el regazo de Franz.

-Sí, gracias, pero... creo que voy a adelantar mi regreso a Praga.

-No, ¿por qué? – dijo la mujer envolviéndole el cuello con sus manos.

-Es que tengo la impresión de que no me sirve de nada estar aquí. A veces juraría que, de hecho, estoy empeorando. Y he empezado a tener pesadillas, ¿sabes?

-¿Sí? ¿Y con qué sueñas? – preguntó, ahuecándose levemente la bata.

-No sé, sueño con laberintos, sobre todo, y con puertas que no se abren. Sueño que grito y que nadie me escucha. O sueño que estoy encerrado en una jaula, en mitad de un escenario, y que la gente me mira mientras muero de hambre. Además, cuando despierto, esas pesadillas aún continúan unos segundos, y tengo visiones muy extrañas. Por ejemplo, hoy al abrir los ojos te miré y me pareció que eras una especie de insecto.

-Qué cosas tan bonitas me dices, Franz.

-Por otro lado – continuó el joven sin prestar atención al reproche de Lenka -, quizá sea conveniente que empiece cuanto antes con mi propósito, y para ello he de estar en casa.

-¿Qué propósito? ¿Sigues pensando en lo de ser escritor?

-Sí, he decidido tomármelo en serio. A partir de ahora me dedicaré en cuerpo y alma a las letras. Dejaré a un lado todo lo demás.

-¿También a mi? – dijo la muchacha, cruzándose de brazos.

-A ti, y a todas las mujeres. No puedo permitirme ninguna distracción.

-Ya, claro, ¿y se puede saber qué es eso tan importante que tienes que escribir?

-No... no lo sé – tuvo que reconocer Franz después de una breve pausa, y como si la asunción de su propio extravío frente al folio immaculado hubiera derribado sus escasas defensas ante el dolor, en ese mismo instante se vio asaltado por un nuevo episodio de cefalea, que le hizo ovillarse repentinamente sobre la almohada.

-¿Otra vez la jaqueca?

Franz asintió levemente.

-Preferiría que un millón de bayonetass me atravesaran por dentro - musitó.

-Déjame intentar algo.

Lenka llevó la palma de su mano al rostro de Franz. Le hizo bajar los párpados. Después lo tumbó boca arriba, se sentó sobre él, y comenzó a masajearle las sienes en círculos. Franz respiró hondo. La cercanía de la piel de Lenka, de suavidad tan similar a la hierba húmeda, siempre conseguía calmarlo. Su perpetuo olor a pan recién hecho, y el sonido pausado de su respiración, gemelo del susurro de la brisa veraniega entre las hojas de algún árbol, le hacían imaginar a veces que en ella se concentrara la herencia más amable de varias generaciones de antepasados campesinos, de los que únicamente hubiera destilado el amor a la tierra y a la vida, y la pureza de dicha visión le golpeaba invariablemente en algún punto indefinido de su voluntad. Puede que no fuera tan buena idea ser escritor y abandonar el resto de las actividades mundanas, pensaba en esas ocasiones, puede que junto a Lenka su existencia mejorase, puede que en ella estuviese la respuesta definitiva a aquello, fuera lo que fuera, que había estado buscando. Al fin y al cabo en Praga nadie la conocía, nada le impedía, por tanto, llevarla con él e inventar para ella un pasado a la medida que evitara que nadie la cuestionase.

-Se te da muy bien – gimió Franz.

-Me enseñó mi madre. Y a ella su madre. Durante generaciones los hombres con dolor de cabeza han venido a nosotras por nuestros masajes de sienes, ¿no lo sabías?

-No.

-Muchos hombres. Algunos muy importantes. Por ejemplo, sin los masajes de mi abuela, Wagner no habría podido terminar "*Tannhäuser*". Y Nietzsche le debe gran parte de "*Así habló Zaratustra*" a los masajes de mamá - añadió la muchacha entre suspiros nostálgicos.

-¿Wagner y Nietzsche? ¿En serio?

-Claro, pero guarda silencio o no conseguiré curarte.

Pasaban los minutos, y Franz había de reconocer que con aquellas pequeñas caricias circulares Lenka le había mitigado notablemente el dolor, en la misma medida, eso sí, en la que le había incrementado las dudas hacia el futuro literario con el que durante años había estado fantaseando y que, después de muchas reflexiones, había decidido afrontar ¿Permanecer con Lenka o escribir? Franz siempre había creído que la felicidad no era más que la aspiración abstracta de quienes no aspiran a nada, pero lo cierto es que, algunas noches, junto a ella había vivido momentos de gozo difícilmente comparables a ningún otro sentimiento. Y ya estaba la balanza inclinándose hacia la mujer cuando ésta habló:

-Oye Franz, querido, he tenido una idea ¿Por qué no escribes tus sueños?

-¿Qué?

-Ya sabes, como lo que me contaste antes, lo de los laberintos y las puertas que no se abren. O puedes escribir cómo despertaste esta mañana y me confundiste con un insecto. O mejor aún, puedes escribir que despertaste y que de repente tú te habías transformado en un insecto.

Franz Kafka abrió los ojos. Un ligero estremecimiento le hizo ponerse en pie. En ese instante el dolor de cabeza fluyó de golpe hacia las puntas de sus dedos, emparentándolo para siempre con Wagner, y con Nietzsche, y con todos aquellos creadores de la historia que, en sus vidas, habían sido reconfortados de algún modo por las musas. Se despidió de Lenka sin dar explicaciones, se dio la media vuelta y comenzó a correr, sintiendo la certeza aplastante de que su nombre sería recordado, sintiendo que para él, sólo para él, se abría un libro en blanco que nadie se había atrevido a llenar.